
ACTO TERCERO

La misma decoración de los dos primeros actos.

ESCENA PRIMERA

LUISA, acercándose á una y otra puerta por si oye algo.

Parece esta casa la de los siete durmientes. Y son las once y media... muy dadas, y el almuerzo es á la una. Ya se ve, anoche nadie durmió... A papá le of toda la noche paseando por su cuarto y recitando versos: estará escribiendo algún drama, ¡qué talento tiene! (Pausa.) Señor, y á su edad, ¡qué pasión! Unas veces decía con entusiasmo: «pues digan lo que quieran, esto es bueno,» y apretaba el paso y ahuecaba la voz. Otras veces murmuraba con desaliento, «¡qué flojo, Dios mío, qué flojo; qué malo! ¿Dónde tenía yo la cabeza cuando escribí esto?» y daba un puñetazo ó derribaba una silla. A las tres de la mañana, parece que tenía una discusión animadísima con un sér imaginario: «¿Que por qué mato á Elia? porque debe morir: porque al ara del sacrificio se lleva siempre el corderillo más blanco y más inocente: muere Elia, como muere

Ofelia, como muere Ifigenia.» Y otro puñetazo en la mesa y otra silla por tierra. De buena he escapado yo, pensé al oír á papá: claro, como soy *la más inocente* de la casa, *el corderillo más blanco*, como si dijéramos, por eso estaba yo destinada al sacrificio; si por casualidad me llamo Elia, Ofelia ó Ifigenia, estoy perdida. Pues si papá no durmió, tampoco Pepe habrá dormido mucho: (Escucha á la puerta de la izquierda.) á las cuatro de la mañana le oí entrar. Se pasaría la noche escribiendo su artículo contra el drama de don Pablo. ¿Qué remedio? ¿No critican á mi padre? ¿y no critican las revistas de Enrique? ¿y no *me critican* á mí porque quiero á Enrique? Pues que tenga paciencia don Pablo, á cada cual le llega su turno. La que no pegó los ojos hasta la madrugada, fué mi pobre madrecita: se pasó la noche rezando... sería por Pepe. Qué alegrón tendrá cuando yo le diga: «no hay cuidado: como Enrique es... como de la casa... él adelanta los seis mil reales.» ¡Qué bueno es Enrique, y qué generoso, y qué talento tiene, y qué bien habla! Nada, ¡que convenció á mi padre! ¿Qué cosas le diría para convencerle? Le pintaría nuestro amor, y nuestro dolor, y las consecuencias de su rigor... y claro, quedó vencedor! ¡Qué alegría! No... pues yo tampoco he pegado los ojos... Toda la noche viendo lucecitas: así como velas encendidas: deben ser las del altar en que van á casarnos. Y luego me quedaba algo traspuesta y veía á Enrique en traje de boda: frac y corbata blanca; y á mí me veía también en traje de boda: mi vestido blanco y mi corona; y entre los dos un sacristán muy feo, y con la sotana llena de cera y hablando en latín: *Dominus tecum, gratia plena, amén*. Y luego... ¡qué cosas tan raras se ven en sueños!... Enrique se ponía mi traje y mi corona, y yo sus pantalones y su frac... Buena señal: ¡eso quiere decir que yo voy á mandar en la casa! ¡Qué gusto! ¡quererle mucho y mandarle mucho... y á mí no mandarme nadie! La boda... el maridito... el altar... el cu-

ra... las velas encendidas... la Virgen tan bonita, con su vestido hueco... y yo con mi vestido de novia... Y también veía muchos chiquillos en la puerta de la iglesia pidiendo cuartos... y Enrique dándoles cuartos... ¡Qué alegre debe ser todo eso!... ¡Qué lástima no poder casarse todos los días!... Pero siempre con Enrique... que es tan bueno, tan bueno... que al pensar en él me dan ganas de llorar.

ESCENA II

LUISA; PEPE, en traje de calle.

- LUISA. Hola, Pepe: ¡cómo madrugas! ¡Qué cara tan grave y qué aspecto tan majestuoso sacas de tu cuarto!
- PEPE. Ya lo creo: como que soy una potencia. Leyó don Leoncio mi artículo sobre «el conde Ulrico» y se quedó estupefacto. «¡Hola, hola, hola! usted sirve para algo más que para escribir *crítica de teatros*, me dijo. Pruebe usted á escribir un artículo de política palpitante, y si en un asunto de verdadera importancia hace usted algo parecido á esto (y golpeaba en mis cuartillas), tiene usted mil reales al mes.» Luisita, el mundo es mío: me siento en la mesa de la redacción, tomo la pluma... miro al espacio... y toda la tierra se estremece! Hombre, lo que siento es que haya caído Bismarck, porque tenía que decirle cuatro verdades. Pero ya no: no me gusta ensañarme con los vencidos. Diría él, y tendría razón, que mi conducta no era noble.
- LUISA. ¿Con que tanta influencia vas á tener?
- PEPE. Si soy fuerte, y me parece que lo soy, la tendré. La idea en el cerebro: la pluma en la mano, en la mano la espada... no, en la mano no puede ser, porque ya tengo la pluma: la espada sobre la mesa por si llega la ocasión. Soy el moderno *condotiero* de mi drama. Escucha, chiquilla, é ilústrate.
- LUISA. Ya te escucho.

- PEPE. En los siglos medios pasa por un camino, pongo por caso, un señor feudal, y ve á un chicote joven y robusto acoquinando á tres jayanes, y dice: «¡Bravo mozo: este es un bruto de primer orden!» Y se lo lleva para su mesnada. Y resulta que, en efecto, es de *primer orden*; y en poco tiempo, aquella bestia humana, capitanea cien mesnaderos por el estilo del capitán: y hoy acomete al conde Ulrico en nombre del conde Unfredo; y mañana acuchilla al conde Unfredo por oro del conde Ulrico; y al día siguiente los ahorea á los dos por cuenta propia y es conde á su vez. Jura fidelidad al rey X, y falta á ella por servir al gran elector Y, y concluye por ser el emperador Z. Pues una carrera así, podría hacer yo, si Dios me ayudase.
- LUISA. Que no te ayudará; porque no ayuda á los tunantes, aunque á veces los consienta... él sabrá por qué.
- PEPE. Poco á poco: los tiempos han cambiado: hoy la ley moral tiene más fuerza de lo que parece, y yo no pretendo imitar la conducta del mesnadero-emperador que puse como ejemplo. Me refería á la lucha, al esfuerzo, á la victoria; no á los móviles ni á los medios. Yo haré justicia; mi pluma no se venderá; ampararé al débil; aplastaré al poderoso; seré el moderno caballero andante. Una cosa es que yo zanje mi cuenta particular con las tres ó cuatro empresas teatrales que han rechazado mi obra, aplastándolas sin compasión; una cosa es que le muela los huesos á don Pablo que se burló de mí y puso en ridículo mi drama; una cosa es que despedace á los imbéciles y envidiosos que osaron morder á mi padre, y que procure desembarazarle el terreno de competidores; y otra cosa es, y esto será, que finiquitada mi particulísima liquidación personal, procure cumplir en adelante como hombre honrado y escritor de conciencia. Con que no te alarmes, niña escrupulosa, que tu hermano no lo es menos. Ya tengo mi plan: ¡el porvenir aparece espléndido y luminoso!
- LUISA. ¿De veras?

- PEPE. Esta pasada noche he visto mucho, ó he soñado mucho, ó he delirado mucho. Escucha: escribo el artículo de política que me aconsejó don Leoncio: ¡sensación! Llego á ser el primer periodista de España: ¡admiración! Don Leoncio se hace viejo... no, ya lo es: deja la Dirección: ¡á mí la Dirección! Después me presento candidato y me eligen diputado por aclamación. Hablo en el Congreso: ¡estupefacción! ¡Soy ministro, soy presidente del Consejo, soy jefe de situación!
- LUISA. ¡Coronación!
- PEPE. Todavía no. ¿Te parece que un hombre como yo se detiene en el primer escalón? España es mía, bueno; pues ya tenemos eso. Pero falta Europa: mi voz resuena, mi talento convence, mi habilidad domina, y realizo la gran federación de la raza latina.
- LUISA. ¡Válgame Dios y qué cosas haces!
- PEPE. ¡Resultado mezquino! ¡Créeme, mezquino! ¿La raza latina? ¿Pues y la raza sajona? ¿Y la raza anglo-sajona? ¿Y la raza slava? ¿No son todos hombres? ¿Aquí no somos todos hombres? (Mirando alrededor.)
- LUISA. No, hijo; todos, no.
- PEPE. Bien está: con las mujeres ya contaremos después y no quedaréis descontentas. Quedamos en que realizo la Confederación latina, la Confederación europea, la Confederación universal... ¡y yo el presidente!
- LUISA. ¿Y si no te eligen presidente?
- PEPE. ¡Hombre, tendría que ver! Después de mis sacrificios. Pero desuیدا; en mis visiones proféticas no he visto esas ingratitudes de que hablas. Por lo cual me marcho á la redacción en la plenitud de la esperanza.
- LUISA. Mira, creo que papá sale de su cuarto.
- PEPE. Pues adiós: voy á traer el artículo en que aniquilo á don Pablo para leérselo á mi padre. Hasta entonces no le digas nada: quiero gozar de su sorpresa.
- LUISA. Desuیدا: ni una palabra.
- PEPE. Hermana queridísima, yo te protegeré: yo protegeré á Enrique: yo protegeré á vuestros hijos y á los hijos

de vuestros hijos hasta la cuarta generación. ¡Figúrate tú si en la federación universal habrá destinos para todos y podremos ir colocando á toda la familia! Adiós.

LUISA. El pobrecillo está loco con sus treinta duros mensuales.

ESCENA III

LUISA; DON ANTONIO, con unos periódicos. Después TERESA

LUISA. Buenos días, papá, ¿Estás ya completamente bien?

ANTONIO. Completamente. ¿Y tú, qué tal? (Buscando por todas partes.)

LUISA. Muy buena: ya no toso: y la opresión pasó. Soy feliz y á tí te lo debo.

ANTONIO. Vaya... vaya... pobrecilla. (Haciéndola un cariño y mirando por las mesas.)

LUISA. ¿Qué buscas?

ANTONIO. Que me faltan una porción de periódicos. Le dije á Teresa que me los trajese todos... todos... ¿qué quiere decir todos?... pues me trae dos, y el uno de ayer. ¡Teresa! (Acercándose á la puerta.)

LUISA. ¿Tienes curiosidad por saber lo que dicen del drama?

ANTONIO. Justamente. ¡Teresa!

TERESA. ¡Señorito!...

ANTONIO. ¿No te digo que me comprases todos los periódicos de la mañana?

TERESA. Cuando yo salí... no habían salido. Traje los que pude.

ANTONIO. Pues ahora que ya habrán salido, sales tú y los compras.

TERESA. Sí señor. (Hace ademán de salir.)

ANTONIO. Oye...

TERESA. ¡Señor! (Volviendo.)

ANTONIO. ¿Llevaste mis cartas á don Atilano y al señor de Rorroso?

TERESA. Las llevó mi primo, que vino muy temprano.

ANTONIO. ¿Pero las habrá llevado? Mira que eran urgentes: les invitaba á almorzar con nosotros.

TERESA. Sí señor: mi primo es muy puntual. (Se va á marchar.)

ANTONIO. Oye... (Ahora verás.) (Aparte á Luisa.)

TERESA. ¡Señor!...

ANTONIO. ¿Os divertísteis anoche en el teatro? (Me gusta conocer la opinión... el parecer... el juicio crítico de todas las clases sociales.) (A Luisa.)

LUISA. (Buena opinión tendrá esa.)

ANTONIO. Con que ¿qué os pareció? ¿Pasásteis buen rato?

TERESA. Sí señor... ¿nosotros qué entendemos?... pero muy bonito... ¡Ay, muy bonito!

ANTONIO. ¿Pero qué os gustó más?

TERESA. Todo aquello es... ¡el acabóse!... ¡hasta allí!

ANTONIO. (¡Les interesó, les interesó!) (A Luisa.) Pero de todo, ¿qué os hizo más impresión?

TERESA. El último acto: sí señor... ¡es lo mejor, sin comparación!

ANTONIO. (¡Mira qué instinto: el último acto: claro, donde está el pensamiento!)

LUISA. (Esas son cosas que ha oído á su primo: ella no entiende ni palabra.)

ANTONIO. (¿Que no entiende? bueno; pues siente. Sentir, para el teatro, vale más que entender.) ¿Con que lo que más gustaba en la galería era el último acto?

TERESA. No; les gustaba más... el que está antes; pero á mí el último: el último.

ANTONIO. Tú estás en lo firme. Quizá el segundo es más teatral; pero ¡el tercero!... ¡allí está... allí está la idea!

LUISA. ¿Pero papá, tú estás perdiendo el tiempo con Teresa?

ANTONIO. No es perder el tiempo: se escribe para el público; pues hay que estudiar al público. ¡Y el anfiteatro!... ¡ah, el anfiteatro!... ese es el entusiasmo, el empuje, la fuerza: es como la infantería al iniciarse las guerras modernas: el caballero metido en su armadura cae cual masa inerte ante la fuerza viva del infante.

LUISA. Bueno; pues quedamos en que Teresa es de infantería: por lo menos su primo lo es.

- ANTONIO. Ven acá. Teresa: no tengas prisa: no estés azorada.
- TERESA. No señor; pero iba por los periódicos.
- ANTONIO. Oye: del último acto, ¿qué fué lo que te conmovió más?
- TERESA. Lo que más... fué aquello... ¿comprende usted?
- ANTONIO. No: no comprendo.
- TERESA. Pues, qué duda tiene: lo de la ventana.
- ANTONIO. ¿Cuándo él está solo junto á la ventana?
- TERESA. Cabalito.
- ANTONIO. (Volviéndose á Luisa.) ¡Es maravilloso el instinto de esta chica!... ¡Señor! ¡Un monólogo del conde Ulrico! ¡un monólogo filosófico! ¡Algo de Shakspeare, algo de Goëte!... Un recuerdo de *to be or not to be*... ¡Vea usted... eso es lo que ha encontrado mayor resonancia en el fondo de esta Naturaleza inculta! (Contemplando á Teresa.) ¡Un bosque virgen, artísticamente hablando, que recoge y repite el lejano canto de una ninfa invisible! ¡Oh, qué misterios hay en la Naturaleza humana!
- LUISA. ¡Qué sabe ella de todo eso!... ¡Tú estás soñando, papá!
- ANTONIO. No lo sabe, pero lo siente. Ven aquí: más cerca. Ven aquí, cocinera excepcional... digo, criatura excepcional. ¿Con que el monólogo del conde Ulrico?... ¡El monólogo!
- TERESA. ¿El mono... qué?... No señor: no era un mono, era un gato: ¡era un gato y era un loro! Y era lo más chusco que he visto: ¡cosa de morir de risa!
- ANTONIO. ¿Pero qué está diciendo esta criatura inepta? (A Luisa.)
- LUISA. ¡Qué sé yo!... ¡anda, papá, anda con monólogos filosóficos!
- ANTONIO. Ven acá, entendimiento obtuso. ¿No dices el último acto?
- TERESA. Sí señor: el último.
- ANTONIO. ¿No dices junto á la ventana? ¡cuando él desafía á la Naturaleza irritada y al cielo tempestuoso: él, en pié, entre los relámpagos, dentro de su armadura, que brilla á intervalos... y se arranca el acerado guantelete y lo arroja como reto satánico al negro espacio!

- TERESA. No señor: no fué así: ¿si lo sabré yo? lo que arroja al tejado es la red para coger al loro que se escapó... ¡y lo que coge es un gato!... (Riendo hasta aquí, en toda esta escena, estúpidamente.)
- ANTONIO. Pero tú te has vuelto loca; ¡si el conde Ulrico no tenía gatos ni loros!... recuérdalo bien, es el último acto, ¡criatura idiota!
- TERESA. (Casi llorando.) El último... cuando todo el mundo se va.
- ANTONIO. Esa es la pieza... no es el drama...
- LUISA. Papá, ha confundido al conde Ulrico con *Las gracias de Gedeón*.
- ANTONIO. Vete... quítate de mi vista... á la calle á buscar los periódicos...
- TERESA. ¿Pero el señor está incomodado?... si yo pensé... pero mi primo, como es militar y entiende en eso de armas... decía que lo otro era mejor... lo del *armáo* que le pega á las nubes desde la ventana...
- ANTONIO. Bueno... vete... pronto... á traerme los periódicos.
- TERESA. Sí, señor... (¡Todos estos que escriben comedias, están tocáos!) (Sale.)

ESCENA IV

LUISA y DON ANTONIO

- LUISA. Tú tienes la culpa, papá. Vamos... ¡ponerte á discutir el drama de don Pablo con Teresa!
- ANTONIO. (Cae con abatimiento en una butaca.) Tienes razón: quise volver como Peláez y tropecé con Borroso.
- LUISA. ¿Qué tienes?
- ANTONIO. Nada: cansancio: anoche no pude dormir.
- LUISA. Tampoco yo.
- ANTONIO. Es muy distinto, hija mía. A tu edad, cuando no se duerme, se piensa en lo porvenir: los desvelos de la juventud tienen una ventanita que mira á Oriente ¡qué alegre es la mañana! A mi edad, cuando no se duerme, se piensa en lo pasado: los desvelos de la vejez no tie-

nen ventana que mire á ninguna parte: todo se cierra alrededor.

LUISA. No estés así, cuando yo estoy tan alegre. ¡Mira que un hombre como tú ponerse triste por las tonterías de Teresa y por el loro de Gedeón!

ANTONIO. No: si no estoy triste. Anda, hija mía; anda á ayudar á tu madre, que la pobre está afanadísima: vienen á almorzar don Atilano, Borroso, Telesforo y...

LUISA. Y Enrique.

ANTONIO. Enrique... ¡guapo chico!... ¡mucho tatento!... ¡gran porvenir!... ¡qué crítica!...

LUISA. ¡Cuando yo lo decía!... ¡Ves tú!... Tú entenderás de dramas... Pero de novios entiendo yo mucho más. Pues voy á preparar la mesa... (Enrique á mi lado... y al otro lado Pepe para que nadie nos moleste. ¡Ay, qué almuerzo tan alegre! Almorzar... un buen almuerzo; y con un buen novio al lado: y con una buena boda en perspectiva... y me río yo del mundo, y el mundo se ríe conmigo... y cantamos en coro... aquello de la *Sonámbula: prendi... l'anell... ti donno.*) (Sale.)

ESCENA V

DON ANTONIO

¡Pobre Luisa! ¡Qué contenta está! ¡Dios quiera que sea feliz! Mucho dan que hacer los hijos hasta colocarlos; pero los dramas... ¡mire usted que los dramas! Como que son otros hijos, engendrados también por el amor: ni más ni menos, los dramas son otros hijos: unos feos, otros bonitos; juiciosos éstos, traviosos aquéllos; con suerte algunos, desdichado el que para desdichas nace. Dan alegrías, ¡pero vaya si proporeionan fatigas y disgustos! ¡Mi conde Ulrico! La primera vez que lo vislumbre como fantasma de luz en las sombras de la noche, evocado por la fiebre del desvelo, ¡qué noble, qué grandioso era! Y hoy, ¿qué es? Yo mismo lo igno-

ro: de tal modo me lo van poniendo. Desde aquel instante sublime de la concepción, hasta el momento presente, ¡qué calvario ha recorrido mi pobre drama! Y yo, ¡qué angustias, qué sudores, qué dudas, qué desalientos, qué iras, qué apasionadas ansias! Este sér que yo arranqué de la nada, ¿qué es? ¿una divina creación, un monstruo grotesco, ó un sér vulgar, como tantos otros? ¿Qué es? Ya no lo sé: en su primera aparición era sublime; lo era, yo lo veía como si brotase del seno centellante de nube tempestuosa. ¡Hoy lo veo contrahecho, degradado, convertido en arlequín entre el gato y el loro de *Las gracias de Gedeón!* Hay algo peor que ver morir á un hijo del alma, y es verlo convertido en escarnio de la muchedumbre: si no lo merece, por lo estúpido de la injusticia; si lo ha merecido, por ver trocado en tan regocijada desdicha tan desdichado amor. Con todo lo cual, ni esa chica me trae los periódicos, ni sé lo que dice la prensa, ni sé en qué va á parar todo esto. ¡Ya me voy cansando! ¡Me voy cansando! ¡Teresa!... ¡Gertrudis!... ¡Luisa!... ¿No hay nadie en esta casa?

ESCENA VI

DON ANTONIO, GERTRUDIS y LUISA

GERT. ¿Qué quieres, hombre?

LUISA. ¿Qué quieres, papá?

ANTONIO. ¡Los periódicos! ¡Quiero todos los periódicos!

GERT. Ahí tienes dos.

ANTONIO. Esos no dicen nada del drama de anoche. El uno es de ayer, y ni siquiera lo anuncia. Por supuesto, que esas son maldades del periódico: conozco á su director; es un malvado; nunca da importancia á los dramas. El otro... el otro... dice que la abundancia de material le impide dar cuenta del estreno, y que el éxito fué mediano. ¿Y sabes tú cuál es la abundancia de mate-

rial? Pormenores minuciosos de un crimen vulgarísimo. ¡Comparar unas miserables puñaladas á la puerta de una taberna con las gigantescas luchas del conde Ulrico en su castillo feudal!

GERT. Pues, hijo, todo el mundo dice que ese drama es muy inmoral, y muy pesado, y muy malo.

LUISA. Sí, papá; dicen que es muy malo y muy tonto.

ANTONIO. ¿Y vosotras sabéis lo que es un crimen doméstico? Pues un crimen doméstico es volverse loco el amo de la casa, como si dijéramos, el *pater familias*, y extrangular á todos, desde la esposa y los hijos hasta la criada y el gato; y si hay loro, al loro también.

GERT. ¡Vaya, vaya! tú estás combinando algún argumento espeluznante. Vamos, Luisita, á preparar la mesa.

ANTONIO. Oye, espera. ¿Quién te dijo que el drama era malo?

GERT. Don Martín, el coronel retirado, salía de casa cuando yo iba á misa esta mañana, y me preguntó: «¿Qué le parece el drama de anoche á don Antonio? Porque yo estuve, y á mí me pareció un solemnísimo mamarracho, y además inmoral y además pesado.» Ahí tienes la opinión de don Martín.

ANTONIO. Don Martín, veinticuatro horas antes de nacer ya era un mentecato, y al día siguiente de morir se continuará siéndolo.

GERT. Pues dice que todo el mundo pensaba lo mismo.

ANTONIO. ¡Falso... falso... de todo punto falso! Los hombres de talento no piensan como don Martín. Ahí tenéis á Enrique: ¡leed la crítica que ha escrito del conde Ulrico! ¡qué crítica! un *capo laboro*.

LUISA. Toma, porque el director del periódico será amigo de don Pablo, y le habrá mandado á Enrique que dé un bombo á su amigote. ¿Quién hace caso de esas cosas?

ANTONIO. ¡Hola... hola!... ¿Tú sabes...? ¿Con que tú sabes...? ¡aquella crítica!... ¡Oh, si fuera lo que dices!... ¡Ah, si él hubiese sido capaz!...

LUISA. Yo no sé nada; pero muy bien puede ser eso.

ANTONIO. Y también puede ser que tú no te cases en toda tu vida con Enrique, ¿lo entiendes?

LUISA. Papá... ¡por Dios, papá!...

GERT. Pero hombre, ¿te has vuelto loco?

LUISA. ¡Ay, Virgen Santísima de las Angustias! ¿Pero qué tienen que ver los dramas, ni el teatro, ni la crítica, ni el conde Ulrico, con que yo me case? ¡Esto sí que es para volverse loca! (Llorando.)

ANTONIO. Desdichada, en este mundo todas las cosas están en misteriosa relación: quizá por levantarse bilioso un día el emperador de la China, se desbocan tres meses después unos caballos en la Castellana. ¿Te parece una extravagancia? Pues es cosa probada. Yo te digo que si Enrique es capaz de doblegar su conciencia artística á las exigencias del director del periódico; si es capaz de escribir con aquel fuego, con aquella convicción al parecer tan profunda sin sentir lo que escribe... Enrique es un miserable, y un miserable no ha de ser el hijo político de don Antonio. ¡Sólo esto me faltaba!

LUISA. ¡Ay, mamá de mi vida!

GERT. Calla, niña, calla; que ya se le pasará.

TERESA. (Anunciando.) ¡El señor de Borroso! (Teresa se retira.)

ESCENA VII

DON ANTONIO, GERTRUDIS, LUISA y BORROSO

BORROSO. ¡Llego demasiado temprano!

ANTONIO. Usted siempre llega á buena hora. (Dándole la mano.)

BORROSO. Muy felices, doña Gertrudis...

GERT. Amigo Borroso...

BORROSO. ¿Qué tiene Luisita?... Está preocupada... cariacontecida...

LUISA. Ya lo creo que estoy preocupada: como que no sé de qué humor se levantará hoy el emperador de la China.

ANTONIO. Según mis noticias, de muy mal humor.

- BORROSO. ¡Eh!... No lo entiendo...
- LUISA. Pues ya está usted fresco si no entiende estas cosas.
- GERT. Con su permiso de usted me voy allá dentro; porque si no estoy al cuidado de todo, no almuerzan ustedes hoy.
- BORROSO. Entonces vaya usted, señora; vaya usted sin pérdida de momento.
- LUISA. (Yo no voy: no me separo de papá: quiero estar aquí cuando venga Enrique: esto no es vivir: ¡mire usted que depender mi felicidad de ese «conde Ulrico!») (Aparte á su madre.)
- GERT. (Bueno, quédate.) Pues hasta luego. Este pobre Antonio... ¡Señor, cómo tiene la cabeza! (Sale.)

ESCENA VIII

DON ANTONIO, BORROSO y LUISA

- ANTONIO. ¿Y qué tal? ¿Qué tal anoche?
- BORROSO. No me pregunte usted, amigo don Antonio; ya sabe usted cuáles son mis opiniones en punto al arte dramático moderno, y no quiero que disputemos... hasta después de almorzar.
- ANTONIO. Pero el crítico, *en cuanto crítico*, no debe tener opiniones favorables ni adversas para con esta ó aquella escuela literaria: no debe ser clásico, ni romántico; ni idealista, ni realista; ni liberal, ni retrógrado; ni creyente, ni ateo. Debe ser juzgador imparcial: debe colocarse en el mismo punto de vista que el autor escoge, y apreciar el mérito de cada obra dentro de la escuela á que la obra pertenezca. De otra manera, será un sectario, un fanático más: no será un verdadero crítico. ¿Es idealista la obra? Pues júzguela usted dentro del idealismo. ¿Es clásica? Júzguela usted como obra clásica. ¿Es naturalista? Pues á los cánones naturalistas con ella.
- BORROSO. ¿Es tonta? Pues al hospicio de los idiotas.
- ANTONIO. ¡Pero la de anoche?...

- BORROSO. No; no diré que sea absolutamente tonta. Es la obra de un loco: nada más.
- ANTONIO. Hay que probarlo.
- BORROSO. No disputemos, don Antonio; no disputemos. Yo antes de almorzar no estoy para disputas.
- ANTONIO. Bueno; pues esta noche iremos juntos al teatro, y allá sobre el terreno me irá usted diciendo dónde están las locuras y los desatinos del drama.
- BORROSO. No: esta noche no iremos á ver «el conde Ulrico;» porque esta noche se ha suspendido.
- ANTONIO. ¡Se ha suspendido!... ¡hombre, se ha suspendido!... (¡Tú si que me has suspendido á mí, como suspenden á los ahorcados.) ¡Pero... por qué? Vamos á ver... ¿por qué?
- BORROSO. Por indisposición de no sé qué actor; pero creo que mañana siguen.
- ANTONIO. ¡Ya!... Sin embargo, eso es malo: muy malo. En fin, si mañana siguen...
- BORROSO. No será por muchos días, porque esa obra no da dinero. No, don Antonio, no quiero disputar; pero la obra no le interesa á nadie. Es imposible... insufrible... insostenible...
- ANTONIO. Mira Luisita; saca para Borroso aquel *ron* tan fuerte... tan fuerte... tan fuerte... y que le gusta tanto á nuestro buen amigo... y ponlo en la mesa á su lado... (¡A ver si revienta!)
- BORROSO. Sí: buena idea: á mi lado.
- LUISA. Ya lo sacó mamá.
- BORROSO. Pero á mi lado.
- ANTONIO. Si no lo han puesto, yo cuidaré de ponerlo muy juntito. Pero no importa, se lo adviertes á tu madre. (Luisa no se mueve de la silla en que se sentó.) Y á propósito del drama, ¿usted sabe si el Director del *Eco de España*, del periódico en que escribe Enrique, es muy amigo de don Pablo?
- LUISA. ¿Verdad que no? (A Borroso, levantándose.)
- ANTONIO. ¿Tú que sabes? Vete, vete allá dentro. Con que diga usted. (Luisa le hace señas á Borroso.)

BORROSO. ¿Dice usted si el Director?...
LUISA. Don Atilano aseguró que... (Acercándose.)
ANTONIO. ¿Estás ahí todavía?
LUISA. (Sentándose.) Estoy aquí... porque me ha dado la opresión... de pecho... ¡ay, Dios mío!
BORROSO. ¡Pobre Luisita!...
ANTONIO. ¿Me contesta usted ó no?
BORROSO. ¡Qué ha de ser, amigo don Pablo! ¡enemigos á muerte! Como que anoche en la redacción hubo un conflicto. Parece que Enrique escribió un artículo *encomiástico* del *Conde Ultrico*: un *bombo estupendo*: con unas exageraciones ridículas...
ANTONIO. ¡Borroso!... ¡Borroso!... adelante.
BORROSO. Pues el Director dijo que el artículo no se publicaba: era natural y estaba en lo justo... ¡Comparaba á don Pablo con Shakspeare y Calderón!... (Riendo.) ¡Qué cosas se escriben!
ANTONIO. Siga... siga... ¿Y Enrique?
BORROSO. Enrique, como tiene tan mal carácter y es tan osado, se plantó... ¡Que había consultado su artículo con la persona más competente de España, y que el artículo se publicaba: de lo contrario, además de dimitir en el acto, lo hacía cuestión personal! Y el artículo se publica.
ANTONIO. ¿Luisita, hija mía, qué tienes? ¿Te ha pasado la opresión? (Volviéndose hacia su hija con mucho cariño.)
LUISA. Ya me pasó, papá.
ANTONIO. Pues nos ha pasado á todos. ¡Enrique es un hombre!... ¡Todo un hombre! (Aparte á Luisa.)
LUISA. ¡Ya lo creo!... ¿No te lo decía yo? ¡Un gran talento!
ANTONIO. (¡Y un gran carácter! Será tu esposo, será mi hijo, será el hijo de tu madre, será el hermano de tu hermano, y entre todos extrangularemos á Borroso.)
LUISA. (Riendo.) ¿Por qué? ¡si es tan bueno!
TERESA. Aquí está el señor de Peláez.
ANTONIO. Que pase... que pase... pero por ¡Dios... que no se detenga. (A Borroso.) Pues á este... á este le gusta el drama: yo se lo aseguro á usted.

BORROSO. Es posible... porque el pobre está... (Tocándose con el dedo en la frente.)

ESCENA IX

DON ANTONIO, LUISA, BORROSO y PELÁEZ

PELAEZ. Felices, don Antonio.
ANTONIO. Muy felices, amigo Peláez.
PELAEZ. Luisita... Borroso... ¿Su mamá buena? (A Luisa.) (Con aire triste y voz apagada saluda á Luisa y luego saluda á Borroso que está al otro extremo.)
LUISA. Muy buena, gracias. (Imitando el tono triste de Borroso.)
ANTONIO. Sentémonos... si á ustedes les parece... todavía faltan Enrique y don Telesforo. (Se sientan.) ¿Y qué tal, qué tal?
PELAEZ. Pasando: pasando la vida.
BORROSO. La vida es la que nos pasa á todos.
PELAEZ. A veces de parte á parte.
LUISA. ¿Está usted malo, don Atilano?... (Pausa.) Tiene usted no sé qué.
ANTONIO. En efecto: su cara de usted no es la de siempre.
BORROSO. (Riendo.) Pues eso va ganando.
PELAEZ. (Lanzando una mirada á Borroso. Aparte á don Antonio.) (Este hombre es de una grosería intolerable.)
ANTONIO. (¡Intolerable!)
BORROSO. ¿Y podemos saber el motivo de su mal humor?
PELAEZ. ¡Oh! ¡no es un secreto! Es un disgusto grave; sí, señores, muy grave: es un gran desengaño: es una deslealtad inconcebible, deslealtad que ha de tener sus consecuencias. Pero no es un secreto.
ANTONIO. Pero sepamos... ya que, según usted dice, hemos de saberlo...
PELAEZ. Ya lo he dicho: la deslealtad de un amigo. ¿Hay nada más amargo? Un acto... un acto de tal naturaleza, que no hay palabras para castigarlo: el vocabulario se agota.

- BORROSO. ¡Qué exageraciones! (Riendo.)
- PELAEZ. No se ría usted, amigo Borroso. ¿Qué haría usted si yo, yo mismo le sacase á usted el reloj del bolsillo y me lo llevara?
- BORROSO. Pues gritaría «¡á ese, á ese!» y le echaría encima una pareja de Orden público.
- PELAEZ. Pues eso haré yo: en otra forma, ¿eh? pero eso haré yo.
- LUISA. Pobre don Atilano, ¿le han robado á usted el reloj?
- PELAEZ. ¿El reloj, Luisita, el reloj? ¡qué me importa el reloj!
- ANTONIO. Vamos, explíquese usted.
- PELAEZ. Pues estuve anoche á ver el último acto del «Conde Ulrico,» aprovechando el billete que tuvo usted la bondad de darme. Y con lo que usted nos dijo y con lo que yo ví, hube de reconstruir sin dificultad alguna todo el drama.
- ANTONIO. ¿Y qué tal? ¿qué tal? ¿tiene cosas buenas?
- PELAEZ. ¿Si tiene buenas cosas? ¡Ya lo creo! admirables: vaya una gracia, ¡admirables!
- ANTONIO. ¿Oye usted? (A Borroso.) ¡admirables!... ¡El amigo Peláez! (Apretándole las manos.) ¡Siempre el mismo espíritu levantado!
- PELAEZ. Gracias, amigo don Antonio: nosotros nos comprendemos. Y bien, ¿el drama del conde Ulrico no le recuerda á usted nada? Quiero decir, ¿no evoca en usted ningún recuerdo? Vamos á ver. (Se queda mirándole.)
- ANTONIO. (Alarmado.) ¿Si me recuerda algo?... No sé... no comprendo...
- PELAEZ. Don Pablo era un amigo, un compañero, una persona digna... eso creíamos todos. ¡Pues don Pablo es un desleal! ¡Lo sostengo, lo afirmo, lo pruebo!
- ANTONIO. ¿Pero qué le ha hecho á usted don Pablo?
- PELAEZ. Ustedes recordarán perfectamente mi drama, mi obra maestra; perdonen ustedes si una vez en la vida soy immodesto: ese drama en que trabajo hace veinte años, que sin cesar perfecciono, que sin cesar vigorizo. Se lo he leído á usted, amigo don Antonio; se lo he leído á usted, amigo Barroso; cometí la imprudencia de leer-

- selo á don Pablo... pues bien, don Pablo ha cometido la indignidad de robarme... esta es la palabra, no quiero emplear otra, para estos casos es bueno el vocabulario naturalista de Borroso... de robarme la idea, el argumento, los personajes, los incidentes, las frases de más efecto... en fin, todo: un saqueo.
- BORROSO. (Riendo.) ¡Qué gracioso! Entramos á saco en Gante el palacio episcopal.
- ANTONIO. ¡Hombre... hombre!... (¿Qué está diciendo este hombre? Pero si no me acuerdo ahora, ni me he acordado jamás de su drama, que me pareció un solemne disparate.) ¡Jesús, María y José!... ¡Es para volverse loco!... ¡Sólo esto nos faltaba!
- PELAEZ. ¡Comprendo su asombro de usted! Sí: ¡es para volverse loco!
- ANTONIO. ¡Ya lo creo: me he quedado sin pulso!... Pero, señor, ¿estamos viviendo entre dementes?... ¡Qué salida!... ¡Ave María Purísima!
- LUISA. (¡Otra complicación que pone de mal humor á papá! Oye, papá: aunque don Pablo le haya robado el drama á Peláez, eso no será motivo para que se descomponga mi casamiento... porque Enrique no tiene la culpa.)
- ANTONIO. (¡Enrique es la única persona decente y sensata que conozco!)
- LUISA. (¡Ajajá!)
- PELAEZ. ¿Pero qué dicen ustedes?...
- ANTONIO. Hay que ver... hay que comparar... semejante acusación... es muy grave... esas cosas es preciso probarlas... (¡Me va á dar algo!)
- PELAEZ. ¡Pero si están probadas: si ustedes recuerdan mi drama: si es evidente! ¿No hay en mi obra un conde como el Conde Ulrico? pues ya tenemos un conde, es decir, dos condes. La joven poética de mi drama, ¿no se llama Celia, y la del drama de don Pablo no se llama Elia? pues ya tenemos otro plagio. La época de ambos dramas, ¿no es la del siglo catorce? pues ya me robó el siglo catorce. ¿No hay una tempestad, y no digo:

«ya el negro nublado avanza?» pues él pone otra tempestad, y dice: «ya la tempestad avanza.» Y sigue el escamoteo indigno. Escamoteo en la tierra y en el cielo. ¿Qué más, qué más? ¡Hasta lo del guantelete!

ANTONIO. ¿Lo del guantelete?

LUISA. Es verdad: de un guantelete hablaste, cuando lo arroja... ¿te acuerdas?

PELAEZ. Muy bien, Luisita... cuando lo arroja... Eso es: precisamente. En mi drama lo arroja un embajador español á los pies del Dux de Venecia.

ANTONIO. Y en el drama de... don Pablo se lo arroja el conde Ulrico á la tempestad, al espacio que se inflama, al negro abismo.

PELAEZ. ¿Qué más da! *todo es arrojar*: la persona ó cosa á quien se arroja es el accidente: la cosa arrojada, el guantelete, es lo esencial. Y uno y otro, embajador y conde, ¿no están vestidos de hierro? ¿Pues qué me dice usted de la armadura?

LUISA. Es verdad.

BORROSO. La evidencia, la evidencia... (Riendo.) ¡Le han desrealizado á usted la valija literaria! (Marcando las ves.)

ANTONIO. Pero, señor, todo eso que usted dice son accidentes; ¿y la idea? ¿la idea es la misma en ambos dramas?

PELAEZ. ¡Pues no faltaba más sino que fuese la misma! ¡hasta ese punto podía llegar el descaro de don Pablo! La idea no es la misma, porque está disfrazada, hábilmente disfrazada. Nadie diría que son dos cosas iguales, pero yo sé que lo son. ¡Oh, esto no quedará así: acudir á la prensa! ¡Armaré un escándalo! ¡Pediré que se nombre un tribunal de honor! Y ustedes me dispensarán la honra de formar parte de dicho tribunal: ustedes que conocen ambos dramas. *Fiat justitia et ruat cælum*.

ANTONIO. Poco á poco... (Limpiándose el sudor.) Poco á poco... de aquí no podemos pasar...

LUISA. ¿Te pones malo?

ANTONIO. No, hija: sudo... nada más. No es otra cosa, sino que

sudo: ¡pero sudo sangre!... ¡Sudo dramas, argumentos, condes, tempestades y demonios del mismísimo infierno!... Muy despacio... y mucha calma... si es que yo puedo tenerla. Vamos á ver...

ESCENA X

LUISA, DON ANTONIO, PELÁEZ, BORROSO y GERTRUDIS

GERT. Felices días, amigo Peláez...

PELAEZ. Amiga mía...

GERT. Cuando ustedes quieran, el almuerzo les aguarda.

ANTONIO. ¿Qué almuerzo?...

BORROSO. ¿Cómo qué almuerzo?... El que nos tiene usted prometido; el que nos anuncia esta señora; el que aunque desde lejos, olfateo con delicia. ¿O es que siguiendo las mañas de don Pablo, si él escamoteó un drama, usted quiere escamotearnos un almuerzo? Poco á poco... eso sí que no lo consiento.

ANTONIO. ¡Todo sea por Cristo!... Lo que le digo á usted, es que no podemos almorzar todavía. Falta Telesforo y falta Enrique... ¡Sin Enrique no se almuerza!

LUISA. (A su madre.) ¡Ay, qué bueno es papá!

GERT. Pues uno de los dos está ahí, porque han llamado.

LUISA. Es don Telesforo.

ANTONIO. Pero falta Enrique: no se almuerza.

LUISA. (Aparte.) ¡No se almuerza!

ESCENA XI

DON ANTONIO, GERTRUDIS, LUISA, PELÁEZ, BORROSO y TELESFORO; TERESA, con periódicos.

TELESF. Ya estoy aquí. Buenos días, doña Gertrudis. Adios, Luisita. Salud á todos en general.

TERESA. Don Antonio... los periódicos... No he podido encontrar más.

- ANTONIO. BUENO... dame... (Se sienta junto á la mesita con todos los periódicos á su alcance, y empieza á leer uno de ellos.) Ustedes me permitirán un momento.
- GERT. ¡Hombre, vas á leer antes de almorzar!
- BORROSO. ¡Don Antonio!... ¡Por San Antonio de Pádua!
- ANTONIO. No... si es un instante... cinco minutos... mientras llega Enrique.
- TELESF. El periódico que has de leer es éste. (Buscando en el bolsillo, sacando un periódico y luego en él el artículo.) ¡Ya veras qué artículo!...
- ANTONIO. ¿Qué dice? (Queriendo cogerlo.)
- TELESF. Espera... Será preciso que don Pablo se arme de paciencia.
- ANTONIO. ¿Pero qué dice?
- TELESF. ¡Horrores!... ¡No conozco nada parecido!... Y hay que confesar que está bien escrito... ¡Pero es un encarnizamiento sin igual!... Unas veces por todo lo alto: otras veces acudiendo á la burla... á la mofa... al escarnio... Tritura el drama... lo hunde... lo aniquila... Vengo del teatro, es decir, del despacho; ¡el articulo ha producido un efecto desastroso! Los revendedores habrían hecho un gran pedido para mañana... pues renuncian. Nada, querido Antonio, lo que dijo Víctor Hugo: (Enseñando el periódico.) esto matará á aquello. ¡Pobre autor!
- ANTONIO. (Que le ha oído nervioso, impaciente, sin dominio ya sobre sí mismo, le arrebató el periódico.) ¡Dame!... (Lo lee con gran ansia, ó como el actor crea que debe leerlo.)
- LUISA. ¡Pobre don Pablo!... pues me da lástima, ¿verdad, mamá?
- BORROSO. No quieren convencerse los autores románticos de que todo eso está mandado recoger. Señor: la realidad de las cosas: por el momento, la realidad del almuerzo... que va siendo puro idealismo. ¿No es cierto, don Telesforo?
- TELESF. ¡Pero ese artículo es una indignidad! No se trata de ese modo á un autor respetable.

- PELAEZ. ¡Don Pablo merece eso y mucho más: lo merece!
- TELESF. Hasta le dice que el argumento no es suyo: vamos, si es cosa de mandarle dos padrinos. (A Peláez y Borroso.)
- PELAEZ. Justamente: llegó sin duda á conocimiento del articulo lo que yo dije en secreto á cuatro ó cinco amigos: que don Pablo había plagiado mi obra.
- TELESF. Ya; ¿con que se refiere á usted?... Pues permítame usted que le diga, que todo eso es un soberano desatino: entre los dos dramas no hay ni la más remota semejanza. Conozco los dos: ¡ilusiones, amigo Peláez!
- PELAEZ. Poco á poco... yo probaré...
- ANTONIO. (Dando un puñetazo.) ¡Esto es intolerable!... ¡Esto es una infamia!... ¡Esto es un insulto!... ¡No más!... ¡No más!... (Levantándose con ímpetu: todos, al oír el puñetazo, dan un salto. Los personajes están en la disposición siguiente: Borroso, Peláez y Telesforo, forman un grupo; Gertrudis y Luisa, otro. Don Antonio aparte, leyendo.)
- GERT. ¿Pero qué te pasa?
- LUISA. Papá...
- PELAEZ. ¿Pero qué tiene usted, don Antonio?...
- BORROSO. ¡Qué ha de tener... que está leyendo en ayunas un artículo de crítica dramática!
- TELESF. ¡Vamos, Antonio, calma!
- ANTONIO. ¡Ya no puedo tener calma ni paciencia!... ¡Lo he sufrido todo... todo... hasta el gato y el loro de Teresa!... ¡Todo, hasta el escarnio!... ¡Pero dudar de mi honra... de mi lealtad... eso no!... ¡Se hundirá el drama... me arruinaré yo... me escarnecerán... pero ya el silencio es imposible!... ¡Ea... sépanlo ustedes... el Conde Ulrico no es de don Pablo... es mío... mío... absolutamente mío: desde la cruz á la fecha!
- PELAEZ. ¡Don Antonio!
- BORROSO. ¡Tableau!
- GERT. ¡Jesús, María y José!
- LUISA. ¡Ay, Dios mío!
- ANTONIO. Sabedlo vosotras: ¡ese drama inmoral, pesado, detestable, tonto, es de vuestro esposo, padre y señor.

Sépalos usted, señor don Judas Borroso, ese conde Ulrico que tan desatinado encuentra usted, es mío... ¡Y cuando á usted le plazca, discutiremos la obra! ¿Lo entiende usted?

BORROSO. Amigo don Antonio, ya tenía yo mis barruntos, y si hablé mal del drama, fué por embromarle á usted. Por lo demás, basta que sea de usted, para que tenga cosas hermosísimas: aunque su escena de usted no es la mía. Todo lo cual no ha de impedir que almorcemos como buenos amigos.

ANTONIO. Usted lo ha dicho; pero antes he de hacer liquidación general. Amigo Peláez, ya lo sabe usted: el ladrón literario, el del escamoteo, el del plagio, no es don Pablo: soy yo.

PELAEZ. En realidad de verdad le digo á usted, que no vuelvo en mí del asombro.

ANTONIO. Y yo le digo á usted que no hay tal plagio, ni tal escamoteo, ni tal copia. ¡Que está usted soñando! Que ve usted visiones, y que por consiguiente, ve usted su drama inédito en todas partes. En todas partes estará, pero en el conde Ulrico no está. Nombre usted, usted sólo, ese tribunal de honor, y que decida. Y por ahora, ni una palabra más: ni una palabra... ni una palabra.

BORROSO. Mucho cuidado: está fuera de sí: es capaz de extrangularle á usted... y esto nos amargaría el almuerzo.

PELAEZ. Don Antonio, no se incomode usted. Estaré ofuscado: no hablemos más del asunto... (por ahora.)

ANTONIO. (A Telesforo.) Mañana, pondrás en el cartel mi nombre. ¿Lo entiendes? ¡al cartel! Y ya liquidé con todos... con vosotras, con ustedes, con el público, ¡menos con el articulista!... ¡con este insolentuelo!... ¡con este mentecato!... ¡con este critiquillo!... (Golpeando el periódico.) ¡con este muñeco!... ¡Ah, cuando yo le coja!...

LUISA. ¿Pero quién es?

ANTONIO. Firma el muy trasto de este modo: «El implacable.»

LUISA. ¡Ay, Virgen Santísima!... ¡(El artículo de Pepe!)

ANTONIO. ¿Qué tienes?

GERT. ¿Qué tienes, Luisita?

LUISA. Yo... nada... ¿qué he de tener?... ¡Los nervios!... me dieron una sacudida y grité... ¡(Virgen de los Desamparados, cuando lo sepa!) ¡Los nervios!

ANTONIO. Pues no tengo yo los míos para sufrir los tuyos: con que cállate. ¡Qué noche! ¡qué día! ¡qué drama! ¡qué artículo!... ¡Hay que descubrir al articulista! (Suena la campanilla.)

LUISA. ¡Ay, Dios mío! (Da un grito y se dirige á la puerta del fondo.)

ANTONIO. ¿Otra vez?... ¿qué es eso?

LUISA. ¡Que ahí está!

ANTONIO. ¿Quién, el articulista?

LUISA. No... Pepe.

ANTONIO. Pues no grites más... que voy á romper en una convulsión.

ESCENA XII

GERTRUDIS, LUISA, DON ANTONIO, PELÁEZ, BORROSO
y TELESFORO; PEPE, que entra con cierta solemnidad.

PEPE. Saludo á todos respetuosamente y si esperar les hice, lo deploro. ¡(Qué diablo! ya no puedo hablar más que en endecasílabos.)

ANTONIO. Oye, Pepe, ¿conoces tú por casualidad, entre la gente joven al autor de este artículo? Es posible que él le conozca. (Dirigiéndose á los demás.) ¿Verdad?

LUISA. ¡No le conoce!...

ANTONIO. ¡Silencio! ¡Silencio, chiquilla, ó no te casas!

PEPE. ¿De qué artículo? (Están colocados padre é hijo frente á frente.)

ANTONIO. De uno sobre el conde Ulrico: un articulista que firma *El implacable*.

PEPE. ¡Ah!... ¿El implacable?... (Leyó el artículo: le interesa: le hizo efecto: ¡pregunta por el autor!) ¡Ah!

ANTONIO. ¿Vamos, le conoces?

PEPE. Tal vez. (Contoneándose.)

ANTONIO. ¿Cómo se llama?

- PEPE. Ya te lo diré; pero ante todo; ¿qué te parece el articu-
lillo? (Sonriéndose y contoneándose más.)
- ANTONIO. Ya te lo diré; pero ante todo dime quién es el crítico.
(Imitando cómicamente á su hijo.)
- PEPE. Es un *crítico incipiente*.
- ANTONIO. ¡Pues va á dejar de serlo!
- PEPE. ¿Deseas conocerle?
- ANTONIO. ¡Si lo deseo! (Volviéndose á todos.) ¡Pregunta si lo deseo!
(Con sonrisa especial.)
- PEPE. ¿Para qué? (¡Le hizo mucha impresión!)
- ANTONIO. ¡Para darle un abrazo!
- PEPE. ¿Muy apretado? (¡Está loco de entusiasmo!)
- ANTONIO. ¡Pónmele delante y ya verás si aprieto!
- PEPE. Pues los brazos, y aprieta, padre mío! (Movimiento de todos.)
- ANTONIO. ¿Qué?... ¿Cómo?... ¡No!... ¡Tú!... ¿Tú eres?...
- PEPE. ¡El implacable! (Con solemnidad y abriendo los brazos.)
- ANTONIO. ¡Ah! ¡Él! (Se queda estático, con la boca abierta, el periódico en
la mano y mirando con estupor á Pepe.) ¡No hay más allá!...
¡Se acabó!
- LUISA. ¡Ay, Dios mío de mi vida!
- GERT. ¡Desdichado!
- TELESF. ¡Buena la hicimos!
- BORROSO. ¡Segundo *tableau*!
- PELAEZ. (A Borroso.) (¡Su propio hijo, mi vengador!)
- BORROSO. (¡No sea usted cursi, don Atilano!)
- ANTONIO. ¡Él lo dice!... ¡Tú lo dices!... ¡Me ahoga la sangre!
¡Aquí está! (Enseñándole el periódico.) ¡Con que el «Conde
Ulrico» es una extravagancia, un engendro ridículo, el
delirium tremens de un genio agotado, que se revuelve
con las convulsiones de su impotencia! (Todos contienen
á don Antonio.)
- PEPE. Es que yo quería pegarle fuerte á don Pablo... ¡por
usted y por mí!... (Ya con mucho apuro.) ¡Era por los dos!...
- ANTONIO. ¡Muñeco ridículo, critiquillo incipiente, pedantuelo va-
cío... con la venganza por norte, con la envidia por
compañera, mira, mira á donde se va! (Enseñando el pe-
riódico.) ¡Ah, si no fueses mi hijo!

- LUISA. ¡Papá!... (Contentándole.)
- GERT. ¡Pero reflexiona que él lo ignoraba! (A don Antonio.)
- PEPE. ¿Pero qué?... ¿qué es lo que yo ignoraba?... ¿qué es lo
que hice? ¡Voy á volverme loco!... ¡No sé lo que quie-
ren ustedes dar á entender! ¿Por qué te incomodas
conmigo?... ¡Yo que te quiero tanto! ¡que tanto te res-
peto!...
- ANTONIO. ¡Que me respeta!... ¿Lo oyen ustedes?... ¿Y lo de «de-
finitiva decadencia?» ¿y lo de «ingenio totalmente ago-
tado?» ¿y lo de «efectismo ridículo y antiartístico de
prestidigitador?»... ¡Y dice que me respeta, que me
quiere!... ¡y es mi hijo!... ¡Para cuándo los terre-
mos!
- PEPE. ¡Pero no comprendo!... ¡no comprendo!... ¡no quiero
comprender!... ¡Ay, Dios mío!
- BORROSO. Vamos... no se acojoge usted... no vale la pena...
pura casualidad. (A Pepe.) Llámeme usted «parricida!»
y tenemos el tercer *tableau*. (A don Antonio.)
- PEPE. ¡Pero de una vez!... ¡que voy á perder el juicio!...
¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que hice?... ¿Por
qué me miran ustedes de ese modo? ¿En qué te falté,
padre mío?
- ANTONIO. ¡Oye, critiquillo incipientísimo: el mamarrachero, el
efectista, el prestidigitador, el ridículo, el agotado, el
corruptor... soy yo! ¡Yo soy el autor del «Conde Ulri-
co!» ¡Yo mismo! ¿Y ahora? (Cruzándose de brazos.)
- PEPE. ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! (Se cae en un sillón y se cu-
bre el rostro. Gertrudis y Luisa acuden á él.)
- GERT. ¡No te apures más! (A Pepe.) Tú tienes la culpa: si no
escribieses tonterías! (A don Antonio.)
- LUISA. ¡Por Dios, papá!...
- GERT. ¡Vamos, Pepe... si tu padre te perdona!
- LUISA. ¡Perdónale, papá! (Junto á don Antonio.)
- ANTONIO. ¡Pobrecillo... me parece que está llorando!
- PEPE. ¡No... no puede ser... yo no puedo haber hecho eso!...
¡yo maltratarle... afrentarle... ponerle en ridículo!...
¡yo que le quiero más que á mi vida... ¡yo que creo,

que estoy seguro, que no hay otro como él!... ¡Si es el caso que á mí me gustaba muchísimo el «Conde Ulrico,» si me admiró, si todo eso era rabia de que don Pablo hubiese hecho una cosa tan buena!... ¡Pero soy un malvado, un mal hijo, un imbécil! ¡Esto no puede quedar así... yo merezco un castigo... un gran castigo... padre, castígame!... (Levantándose y acercándose á su padre.) ¡por Dios, castígame!... ¡Ay, padre del alma, qué infame soy!... ¡lo soy!... ¡lo soy!... (Vuelve á caer en una silla.)

- GERT. ¡Por Dios, hijo mío! (Junto á Pepe.)
LUISA. ¡Por Dios, Pepe! (Lo mismo.)
PEPE. ¡No... que me castigue... que me afrente... que me pegue... que me eche de su casa!
ANTONIO. No tanto, hombre... no tanto; tú no sabías que era yo. ¡Qué remedio!
PEPE. No, no... que no... ¡Si esto no puede quedar así! ¡Un artículo indigno, estúpido!
ANTONIO. No: estúpido, no: ¡eso sí que no! ¿Verdad, Telesforo? ¡El artículo está muy bien escrito!... que es violento... que es injusto á veces... ¡pero admirablemente escrito!... ¡ya lo creo!...
PEPE. ¡No digas eso!... ¡Un desatino de un chiquillo!... ¡qué vergüenza! ¡qué pena!
ANTONIO. ¿Si sabré lo que digo? Aparte de que la forma es vigorosa... ¡en el fondo hay algo!... muchos de los defectos que señalas son verdaderos... Los exageras, ¡pero pones el dedo en la llaga!... Lo que es condiciones de crítico... ¡vaya si las tienes!
PEPE. ¡Lo dices por consolarme! ¡Pero yo soy un mentecato, un pedante y un malvado!... ¡Y si no me castigas tú, voy á castigarme yo!
LUISA. ¡Vamos, Pepe!...
PEPE. Nada, nada: ¡abajo todos los castillejos! ¡ni crítico, ni periodista, ni diputado, ni ministro, ni presidente de la Confederación europea!... ¡Todo eso acabó!... ¡Todo acabó, Luisita!... (Levantándose.)

- LUISA. Pero hermano, ¿vas á perder todo eso? (Entra Enrique.)
PEPE. ¡Todo!... Ya no seré más que soldado: no quiero que me rediman: ¡soldado raso, rancho! ¡Allí, mal hijo, con el chopo y el rancho!
GERT. ¿Qué disparates son esos?...
ANTONIO. Poco á poco... yo mando... ¡A ver cómo no vuelves á decir eso!
PEPE. No señor, ¡soldado!

ESCENA XIII

DICHOS Y ENRIQUE

- ENRIQUE. No es posible: porque la redención la hice ya.
ANTONIO. Querido Enrique, ¡consuelo de mi vejez! ¡Enrique del alma! (Le abraza.)
GERT. ¡Enrique del alma!
LUISA. Eso es lo que yo decía hace tiempo. ¡Enrique del alma! Al fin me dan la razón.
ENRIQUE. (A Luisa.) (Los pagarés de tu padre, yo los recogeré.)
LUISA. ¡Qué bueno eres! (¡Y no querían que me casase con él!)
ANTONIO. ¡Ea! ¡Acabó todo! No se hable más del drama, ni del artículo, ni de esas tonterías. A la realidad de la vida, como dice Borroso: y la realidad es que aquí todos somos personas honradas: y que nos apreciamos, y que nos queremos... ¡Que tú me quieras mucho! ¡que me quieras mucho! ¡silencio! (A Pepe.) ¡Y que tienes talento!... ¡Y que serás un gran escritor, casi tan grande y famoso como Enrique!... ¡Que os casaréis vosotros!... ¡Que el almuerzo nos espera!... ¡Y que Borroso está impaciente!... ¡Con que allá dentro!... Este drama de mi casa no acaba en muerte, sino en boda y alegría.
PELAEZ. (¡Pero ven ustedes! ¡del plagio no dice nada! ¡el muerto soy yo! (A Borroso y Telesforo.)
BORROSO. (¡Espere usted á los postres, hombre del diablo!)
TELESEF. (¡No diga usted desatinos!)
ANTONIO. Tú, (A Enrique.) crítico insigne, escritor preclaro, autor